

Patrulla baluche en las montañas
de Baluchistán Este.



Bajo la máscara de la guerrilla baluche

INSURGENCIA EN PAKISTÁN

Texto y fotografías: **KARLOS ZURUTUZA**



Dos guerrilleros de Lahskar e Balochistan posan para ZAZPIKA.

La batalla se libra desde que Baluchistán fuera dividido entre las fronteras de Irán, Afganistán y Pakistán; un conflicto deliberadamente silenciado en una de las zonas más “calientes” del mundo. Nos hemos olvidado de los baluches pero, en ningún caso, del enorme valor energético y estratégico de la tierra bajo sus sandalias.

Las primeras dos horas de camino se hacen de noche y en un 4x4 de cristales tintados. El conductor y su copiloto cubren su cara con un turbante mientras que Said, mi contacto, y yo, viajamos con los ojos vendados. Razones de seguridad. No obstante, es fácil adivinar el momento en el que el vehículo abandona la vía principal y se adentra en el desierto. La trasera del coche “culea” entonces al ritmo del “*Paadha, Baloch*” que suena desde los altavoces: “¡Levántate Baluche, estamos en guerra!”, canta Savzal Bugti, un músico tan popular en Baluchistán como proscrito en Pakistán.

A la una de la mañana, el conductor y su acompañante nos dejan en manos de otro guerrillero. Así comienza la segunda parte de esta singular travesía: una marcha a pie imposible, en mitad de la noche y a través de un escarpado paisaje de granito. «Tened cuidado por dónde pisáis», avisa nuestro guía. «Aquí no va a venir la Media Luna Roja a buscaros».

Son cinco horas sin luna de ninguna clase en las que está prohibido encender una linterna o torcerse un tobillo.

Al final, la silueta de un guerrillero rezando sobre un risco se recorta contra el amanecer. Hemos llegado.

Salaam, heriat, tik-tak, nos saludan en baluche con sendos apretones de manos dos guerrilleros que acaban de aparecer de un bosque de bloques de granito negro. Seguidamente, llenan una cantimplora en el río y nos la ofrecen tras mezclar el agua con limón y azúcar. Cuatro cantimploras más tarde, el sol se alza ya en toda su plenitud.

«Descansad aquí. Después desayunaremos y podréis hacer vuestro trabajo», nos indican nuestros anfitriones, refiriéndose a una alfombra baluche extendida sobre la que probablemente es la piedra más plana en muchos kilómetros a la redonda.

Pero la tentación de rendirse al sueño es vencida por la curiosidad que despiertan las voces de unos niños desde la distancia. Llegan desde una familia de nómadas. Al pastor, tocado con un *kulla* (el casquete rojo baluche), le sigue parsimoniosamente una pareja de camellos en fila. El primero lleva los enseres familiares, que se reducen



Armamento ruso en manos de guerrilleros baluches. Abajo, imagen que refleja que son habitantes de un mundo de granito y un guerrillero montando guardia en algún lugar de Baluchistán.





En la columna de la izquierda, un guerrillero cocinando cordero; Said, junto a un opiparo desayuno y un guerrillero hidratándose en uno de los desiertos más áridos que existen. A la derecha, varios de ellos oteando una de las zonas más “calientes” del mundo.



prácticamente a la tela negra de una *haima* y unos utensilios metálicos para cocinar; sobre el segundo descansa su mujer con un bebé en brazos. Sus cuatro hermanitos se encargan de llevar las ovejas a la orilla del río para abreviar. Tanto la madre como las hijas visten el colorido *pashk*, ese vestido tradicional baluche adornado con remaches metálicos y motivos tribales.

«Por favor, no saques fotos a los pastores», me pide uno de los guerrilleros. Además de las evidentes razones de seguridad, está el hecho de que fotografiar a una mujer baluche es un tabú que sobrevivirá a varias generaciones. Con el nomadismo, otro claro indicador de la *balochiat*, algo así como la “baluchidad”.

Si resulta imposible saber dónde nos encontramos, tampoco es fácil adivinar quiénes son nuestros anfitriones. Resulta que la resistencia de este pueblo se reparte entre una pléthora de grupos armados como el BLA (Ejército de Liberación Baluche), el BRA (Ejército Republicano Baluche), el BLF (Ejército de Liberación Baluche) y Lashkar e Baluchistan (Ejército de Baluchistán). Y es que la aparentemente fragmentada insurgencia baluche no es más que el fiel reflejo de una sociedad marcadamente tribal. «Somos *Lashkar e Baluchistan*», responde el comandante. Dice tener 40 años y responde al nombre en clave de “Amir” (“líder” en lengua baluche).

«Existen varias organizaciones armadas, además de la nuestra, pero no hay rivalidad alguna entre nosotros. De hecho, estamos todos perfectamente coordinados», asegura Amir en torno a un generoso desayuno a base de carne. «Todos perseguimos un mismofin: la liberación de Baluchistán», añade el líder de este batallón de 20 guerrilleros.

A pesar de tratarse de un pueblo mayoritariamente sunita, los grupos insurgentes baluches en Pakistán son seculares y de corte marxista. Asimismo, rechazan la validez de la “vía parlamentaria” en la que participan partidos como el BNP (Partido Nacionalista Baluche) o el BRP (Partido Republicano Baluche).

«Nosotros hacemos política con las armas; en Pakistán, no hay otra manera», afirma Amir, citando a Khair Bakhsh Marri, líder histórico de la resistencia y *sardar* (jefe tribal) del clan de los Marri, el más grande de Baluchistán Este. «La mayoría de nuestras operaciones consisten en sabotajes a infraestructuras del ejército. Colocamos minas de carretera al paso de un convoy del ejército o de los *Frontier Corps* (la policía militar), o les disparamos con los RPG (bazoka de fabricación rusa), explica el comandante sobre el modus operandi de Lashkar-e-Balochistan, que comparten también el del resto de las organizaciones armadas baluches.



Montando guardia en algún lugar de Baluchistán. La imagen de la derecha enseña el equipamiento básico de un guerrillero baluche. Abajo, los rostros protegidos de Enkelab, Bair, Amir, Girok y Umit.



Tras la muerte de Balach, el hijo de Khair Bakhsh Marri, en 2007, el cabeza visible de la insurgencia baluche en su conjunto es hoy Brahamdagh Bugti, líder del BRA. Este joven de 28 años es nieto de Akbar Bugti, *sardar* de los Bugti, fallecido hace tres años tras bombardear Islamabad la cueva en la que se refugiaba. Circulan infinidad de rumores en torno al paradero y las actividades de Brahamdagh. Se dice que tiene su cuartel general en Spin Boldak, una estratégica localidad afgana a

medio camino entre Kandahar y Quetta (la capital de Baluchistán Este). También se apunta a que el BRA recibe entrenamiento de manos de las tropas anglo-norteamericanas que, presuntamente, estarían “usando” a la guerrilla baluche para controlar el flujo de talibanes en la frontera Af-Pak.

«Esos rumores los difunde Islamabad para alimentar la teoría de que India y USA nos están ayudando, pero lo cierto es que seguimos esperando a que alguien lo haga», asegura Amir justo

antes de colgarse su *kalashnikov* al hombro e invitarme a conocer al grupo de guerrilleros que dirige.

Revolución y Venganza

Tanto el comandante como sus combatientes visten el *shalwar kamiz*, ese conjunto de camisa holgada hasta las rodillas y pantalones bombachos cuya hegemonía resulta aplastante en Asia Central y el Subcontinente Indio. Al igual que su líder, los combatientes esconden su rostro bajo un turbante y su identidad

real bajo un nombre en clave. Enqelab (“revolución”) tiene 25 años. Según cuenta, su vida y la de su hermano cambiaron drásticamente por una necesidad tan básica como el agua: «En mi aldea no hay ni agua corriente, ni gas ni electricidad», arranca Enqelab tras posar su bazona en el suelo. «Mi hermano mayor y yo solíamos acercarnos a las juntas de los tubos que llevan el agua a la planta de gas de la región de Sui. Aflojábamos las tuercas con una llave inglesa y recogíamos el agua que necesitábamos en un bidón de plásti-

co de cinco litros», relata el joven, que acompaña su testimonio con unas manos del color de la piedra que le rodea. «Un día –prosigue– la Policía vino a casa y se llevó a mi hermano. Lo acusaron de sabotaje a instalaciones del gobierno. Pasó seis años en la cárcel y hoy no se puede valer por sí mismo debido a las secuelas de las torturas que sufrió».

La planta de gas a la que se refiere Enqelab es la más importante de Pakistán, además de uno de los detonantes del levantamiento en armas de los baluches.

Sui es el paradigma del expolio a manos de Islamabad de unos enormes recursos: gas, carbón, uranio, oro, petróleo... Pero quizás lo más humillante sea el hecho de que el gas de Sui ni siquiera llega a las humildes casas de adobe que descansan sobre la reserva.

Bair (“venganza”) también es baluche pero, curiosamente, cubre su rostro con un turbante tradicional de la región de Sindh. Junto con los baluches y los pastunes, los sindis son otros de los “ciudadanos de segunda” en un país donde la etnia dominante son los punyabíes. Bair llegó hace tres años desde Quetta, la capital de Baluchistán Este, donde era miembro del BSO (Organización de Estudiantes Baluches). Su condición de activista urbano le costó un arresto de dos meses durante los cuales fue torturado a diario. Desde marzo de 2005, más de 7.000 activistas políticos, sociales y de Derechos Humanos han sido secuestrados, torturados o asesinados a manos de los servicios secretos, que son los que realmente gobiernan el país. Algunos de los capturados aparecen muertos a los pocos días; otros se pudren en la cárcel, y

La guerrilla baluche en Irán

En Baluchistán bajo control de Teherán, la resistencia baluche se aglutina en torno a la organización PRMI (Ejército Popular de Resistencia de Irán, antes Jundallah). Formado mayoritariamente por baluches de Irán, el PRMI es una organización islamista cercana al wahabismo. Su líder, Abdul Hamid Rigi, niega perseguir un estado independiente baluche pero sí mayores derechos para dicha minoría, entre los que se incluye la creación de una región autónoma dentro del Estado iraní. La respuesta de Teherán sobre esta minoría suní se manifiesta en arrestos indiscriminados a los que, a menudo, siguen ahorcamientos públicos sin juicio previo (sólo en julio se ejecutó a 19 baluches de esta manera). Se les acusa de *mohareb* ("enemigo de dios")

Diversos medios, tanto persas como occidentales, se han hecho eco del supuesto apoyo de Washington al PRMI a nivel económico y logístico. Abdulhamid Rigi, hermano del líder de los insurgentes a este lado de la frontera, habló a la iraní Press TV sobre presuntas reuniones entre el PRMI con agentes norteamericanos en Islamabad y Karachi. En declaraciones realizadas bajo arresto, Rigi aseguró que Washington habría ofrecido apoyo logístico y entrenamiento en Afganistán al PRMI. Sea como fuere, es sabido que varios de los insurgentes baluches de Irán gozan de protección en Karachi (Pakistán) algo que enoja sobremanera a Irán y que puede deteriorar las relaciones de Teherán con Islamabad en detrimento del proyecto de gasoducto IPI (Irán-Pakistán-India).

Medios occidentales apuntan a que Washington estaría detrás del PRMI para desestabilizar tanto el régimen de los ayatolás como la cada vez más fluida relación entre Teherán e Islamabad. Un desacuerdo entre ambos gobiernos entorpecería la construcción del IPI, el principal oponente del TAPI (Turkmenistán, Afganistán, Pakistán, India) proyectado desde Washington.

La construcción del TAPI, prevista para el año próximo es, para muchos, la razón principal de la invasión de Afganistán en 2001.



«Lucharemos por la libertad de Baluchistán hasta la destrucción del ejército pakistaní».

a los más afortunados se les deja libres para que los irredentos a su alrededor depongan sus intenciones tras escuchar los terribles relatos de tortura. Éste es uno de ellos: «Mi celda era un habitáculo húmedo y sin luz de dos metros por uno», explica Bair bajo su turbante rojo. «Era como estar enterrado en vida. Sólo me sacaban para golpearme, siempre cabeza abajo y con los ojos vendados. Me desmayaba a menudo y buscaba cualquier cosa que pudiera ayudarme a acabar con mi vida. Nunca pensé que saldría vivo de allí pero, al final, me soltaron. No sería capaz de pasar por lo mismo otra vez o correr el riesgo de ser arrestado y arrojado después al desierto desde un helicóptero.

Por eso me uní a Lashkar e Balochistan.

Bair es la excepción en un grupo del que la mayoría de sus integrantes proceden de un entorno rural. Son provincias que carecen de las infraestructuras más básicas como un hospital, o una escuela. Por eso, a nadie extraña que el 80% de los baluches de Pakistán sea analfabeto, una escalofriante cifra extensible a esta comunidad guerrillera.

Relámpago y Esperanza

Sepan leer o no, todos estos guerrilleros hablan baluche y urdu con total fluidez y muchos incluyen el pastún y el brahui en la lista. Uno de estos políglotas es Girok ("relámpago"), aunque su dominio de cuatro lenguas no le ha ser-

vido de gran ayuda hasta el día de hoy. Tras destruir el ejército pakistaní su aldea al sureste del país, él y su familia se vieron obligados a cambiar la soledad en la llanura del desierto baluche por las montañas de basura a las afueras de Karachi, una urbe de más de 20 millones de habitantes. Según diversas organizaciones internacionales, cerca de 80.000 familias han corrido la misma suerte en los últimos tres años. «Me he pasado la vida huyendo y lamentándome de mi mala suerte», se lamenta Girok mientras se acaricia la cicatriz en su antebrazo derecho. No se la hizo una bala perdida en el fragor de la batalla; fue un cuervo "demasiado territorial" con el que se cruzó en aquel vertedero en el que vivía y del

que comía. Desde allí, Girok no tardaría en llegar a Lyari, el barrio donde vive la mayoría de los baluches de Karachi. Se trata de un distrito cuya febril actividad se paraliza únicamente cuando Brahmdagh Bugti es entrevistado por un canal extranjero, generalmente de la vecina India, archienemiga de Pakistán. Lyari fue la última escala de Girok antes de llegar a este inhóspito paraje.

Umit ("esperanza") es otro de los guerrilleros a los que el comandante les exige de su tarea para compartir un rato con nosotros. El resto escruta el horizonte montando guardia desde imponentes atalayas de piedra. Imposible olvidar que, con 600.000 soldados, el de Pakistán es uno de los ejércitos más numerosos del

mundo, a la vez que uno de los mejor abastecidos con armamento USA de última generación. En cualquier caso, Umit descarta una operación terrestre a gran escala sobre esta zona. «Este es un terreno muy escarpado en el que no hay carreteras por las que transportar a las tropas. La única opción es desde el aire», asegura confiado el guerrillero, refiriéndose a los helicópteros artillados y a los cazabombarderos F16. Llegado el caso, sólo queda esperar a que este baluarte de granito sea todo lo fuerte que aparenta.

«Lucharemos por la libertad de Baluchistán hasta la destrucción total del ejército pakistaní»

«Islamabad usa contra nosotros las armas que le da Washington para combatir a los talibán», se queja Umit, que empuña hoy el *kalashnikov* que ya usara su padre en otros tiempos. Es el último de una familia cuyos miembros han participado en los cinco levantamientos baluches desde que Pakistán ocupó su tierra en 1948. En cualquier caso, la mayoría de sus antecesores no tuvieron que enfrentarse a los helicópteros Cobra que sobrevuelan la zona. Algunos de ellos llegaron desde Teherán antes de la revolución islámica del 78. Al parecer, el sha, Reza Pahlavi, regaló dicho armamento *made in USA* a Pakistán para sofocar una insurgencia baluche que amenazaba con extenderse al Baluchistán bajo control iraní.

¿Por qué hemos de sacrificar nuestro derecho a ser libres perteneciendo a una federación que domina una sola nación?, exclama Umit, en mitad de un silencio levemente rasgado por el viento caliente del desierto.

Ésta es la pregunta que retumba en los oídos de los baluches desde hace ya más de 60 años. Una fórmula más o menos retórica, pero que no esconde sino el anhelo más básico de todo ser vivo: la supervivencia.